

aun: se diría a veces que el primero se ha desvanecido para dejarle la palabra al segundo. Sin duda esta es una mera apariencia y en el fondo el artista predomina siempre, mas esa apariencia basta a cautivarnos. Nuestra sensibilidad estética se ha aguzado de tal manera, se ha tornado tan exigente, que quisiéramos que el artista pareciera ausente de su obra, como parece estarlo un agua transparente de la copa de cristal que la contiene. Esa ilusión, suprema piedra de toque del valor de una obra poética, saben dárnosla a veces los versos del portalira cartagenero.

Lo mismo que Martínez Rivas— otro de nuestros más nobles poetas jóvenes—Dmitri Ivanovitch se halla actualmente en los Estados Unidos, tierra

impropicia al arte y en que—para valerme de una frase de Baudelaire— la acción no es hermana del ensueño. ¿Perderá el cantor en este ambiente utilitarista y prosaico—como llegué a temerlo un día con respecto a Martínez Rivas—la gracia del canto? ¡Vano temor! El poeta que lo es de verdad no pierde nunca, al mezclarse con los hombres, por adversos que sean a la belleza, el don celeste del verso, lo mismo que Aretusa, la mística fuente-cilla, no perdía, al mezclarse con las aguas salobres del mar, la dulcedumbre de su linfa transparente.

EDUARDO CASTILLO

(De Colombia.—Medellín, 30 de octubre de 1918).

“NOVELLA”

MR. ESLANDER, el conocido pedagogo belga, nos habla en un libro titulado «La Escuela Nueva» de la creación de «Novella», un centro de educación tal y como él lo concibe.

Nos dice cómo tres maestros jóvenes, cansados del trabajo inútil de la escuela vieja (la actual) y convencidos de que ellos nacieron para algo más que para fatigar a los niños e ir contra sus intereses, conciben la idea de fundar una Escuela Nueva, libre de prejuicios.

Piensen y obran. Pero su labor es lenta; las Autoridades, siempre respetuosas de lo establecido, temiendo lastimar intereses creados o ir a un fracaso, no pueden apoyarlos; y los padres, ignorantes o rutinarios por lo general, no comprenden la necesidad de hacer innovaciones: ellos no recuerdan los días amargos que pasaron en la escuela, aprendiendo a costa de torturas físicas y morales unas cuantas cosas que luego olvidaron porque estaban mal aprendidas y porque eran inútiles. Pero nuestros jóvenes no desmayan y acaban por encontrar siete

padres que quieren libertar a sus hijos de las torturas de la enseñanza actual.

Empiezan la obra con 5,000 francos. Alquilan fuera de la ciudad una casa-quinta pequeña, pero con un buen jardín y terrenos propios para establecer labranza y hacer campos de juego. La quinta está cerca a un bosque y no lejos del tranvía. En ella no hay lujo, pero en cambio los niños podrán estar con absoluta libertad y tendrán lo necesario para sus estudios. Un armario con libros (sacados en general de la biblioteca de los padres), algunas mesas grandes, sillas de paja, flores en abundancia y algunas reproducciones de obras de arte: ahí tenéis una clase. Agregadle un taller de carpintería y otro de encuadernación, una buena cantidad de instrumentos de labranza, un depósito de revistas con grabados, cartones, etc., y una cocina bien provista... y conocéis a «Novella».

Gracias a la generosidad de los padres, que dan cuanto pueden, y a la actividad de los maestros, que preveen hasta los menores detalles, y al cuidado exquisito con que las madres lo

arreglan todo para que produzca mejor efecto, la humilde quinta se convierte en un refugio hermoso y alegre, en el que los niños pueden vivir a sus anchas, sin nada lujoso o severo que les quite su libertad y los intimide.

Las tareas empiezan. Los quince chicos, a quienes el tranvía deja cerca de la escuela a las 8 de la mañana, entran bulliciosamente sin que nadie trate de estorbar su alegría. Bien pronto se acostumbran a su nueva vida: los trabajos en el jardín, las excursiones en busca de insectos, plantas y minerales; los ratos pasados en el taller, o dedicados a buscar un dato o resolver un problema que les ha sido sugerido por alguna lectura o conversación hecha en común, y el tiempo empleado en sus juegos, son cosas que les place y en las cuales emplean las horas que pasan en la escuela. Ellos no sienten que una mano oculta guía sus pasos y orienta sus trabajos; que sus deseos son cuidadosamente provocados; que un plan preciso, seguido rigurosamente, envuelve todas sus acciones; que se les observa con gran cuidado, y que sus preguntas, así como las menores manifestaciones de su espíritu, son estudiadas y discutidas por sus maestros.

Ellos no ven un maestro en el camarada grande que los acompaña en sus trabajos de jardinería y que en ocasiones se detiene para hacerles observar la estructura de una planta, o mostrarles una analogía interesante, o hablarles de cosas cuyo descubrimiento los asombra, de seres pequeñísimos, que antes no suponían, de maravillosos cambios operados sobre aquel rincón de tierra que cultivan con tanto cariño. ¿Cómo suponer que en ese momento se les da una lección preparada con esmero hasta en el «motivo» que viene a provocarla? Y cuando después de la excursión se entregan a la agradable tarea de coleccionar los objetos recogidos y ponerles sus nombres, ¿pueden ellos pensar que están ejecutando un trabajo preparado por una fuerza oculta? Ni cómo imaginar que son «lecciones» aquellas lecturas y charlas en que sus maestros los transportan a otros tiempos, los hacen visitar países distantes cuyas costumbres los embelesan, o les hacen notar ciertos fenómenos curiosos que los llevan a hacer en común algunos ensayos en el río, en el jardín y hasta en la cocina de la escuela.

En verdad, ellos saben que han venido allí para instruirse y cada día sienten la necesidad de aprender algo nuevo, pero como cada cosa que aprenden tiene la novedad de un descubrimiento y les proporciona la alegría de haber triunfado en algo, y además pueden ver y palpar su utilidad, para ellos el trabajo escolar no viene a

¡SALVESE DEL TRANCAZO!

Combata esos primeros síntomas tomando

BROMOQUINOIDES

Preparados por la **BOTICA FRANCESA**